



HAL
open science

Comunidad y comunicación: prácticas comunicativas y medios comunitarios en Europa y América Latina

Marcelo Martínez Hermida, Carme Mayugo Majó, Ana Tamarit Rodríguez

► To cite this version:

Marcelo Martínez Hermida, Carme Mayugo Majó, Ana Tamarit Rodríguez. Comunidad y comunicación: prácticas comunicativas y medios comunitarios en Europa y América Latina. XV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles, Nov 2012, Madrid, España. pp.499-513. halshs-00874520

HAL Id: halshs-00874520

<https://shs.hal.science/halshs-00874520>

Submitted on 18 Oct 2013

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



Actas
Congreso
Internacional
América
Latina:
La autonomía
de una región

XV Encuentro de
Latinoamericanistas
Españoles

Actas del Congreso Internacional “América Latina: La autonomía de una región”, organizado por el Consejo Español de Estudios Iberoamericanos (CEEIB) y la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid (UCM), celebrado en Madrid el 29 y 30 de noviembre de 2012.

Editores:

Heriberto Cairo Carou, Almudena Cabezas González, Tomás Mallo Gutiérrez, Esther del Campo García y José Carpio Martín.

© Los autores, 2012

Diseño de portada: tehura@tehura.es
Maquetación: Darío Barboza
Realización editorial: Trama editorial
trama@tramaeditorial.es
www.tramaeditorial.es
ISBN-e: 978-84-92755-88-2

COMUNIDAD Y COMUNICACIÓN: PRÁCTICAS COMUNICATIVAS Y MEDIOS COMUNITARIOS EN EUROPA Y AMÉRICA LATINA

Marcelo Martínez Hermida, Carme Mayugo Majó y Ana Tamarit Rodríguez¹

Resumen

El texto versa sobre un trabajo de investigación que analiza distintas prácticas y usos que desarrollan comunidades de diferentes países europeos y latinoamericanos mediante la implementación y el desarrollo de medios comunitarios o experiencias comunicativas basadas en la participación y dinamización de base de la sociedad. El análisis incide en el relato de experiencias para así conocer y reconocer para qué sirven y cómo utilizan estas herramientas de comunicación los distintos colectivos sociales y personas que los promueven y/o participan en ellas. Ello nos permite indagar en las correlaciones entre Comunidad y Comunicación, para tratar de describir en base a qué los y las integrantes de una comunidad organizan su acción mediática y trabajan conjuntamente el tema de la comunicación. La gran heterogeneidad de experiencias analizadas nos abre todo un campo de estudio para intentar comprender qué aportes se dan a las comunidades y qué retos se presentan en este tipo de iniciativas comunicativas, ya sean en Europa o América Latina. Trascendiendo distancias geográficas y/o distanciamientos políticos y sociales, la investigación incide en los puntos en común, en las coincidencias más que en las disidencias que permiten delimitar Comunidad y Comunicación como objeto de estudio. De este modo, los resultados del análisis de casos nos sirven para averiguar cómo se construyen y fortalecen tanto las experiencias como los medios de corte comunitario, siempre desde una acción persistente y permanente de la comunidad. Este trabajo nos lleva a señalar a los medios comunitarios, asociativos, alternativos... y otras prácticas comunicativas con o de la comunidad como lugares de encuentro social, como espacios diálogo e interacción. Se trata, por tanto, de instrumentos imprescindibles en toda sociedad que desee fortalecerse y significarse a sí misma. La labor de análisis pone el acento en qué consiguen accionar estos medios o este tipo de experiencias en su comunidad de referencia, para devenir elementos constitutivos de nuevas políticas de comunicación que se diseñen desde la base e incidan claramente en la mejora de la calidad democrática de nuestras sociedades.

499

1. Comunidad y Comunicación frente al concepto de Desarrollo

Las diferentes voces y prácticas de Comunidad y Comunicación tienen lugar en el intercambio de la existencia y en la diversidad. Es esa diversidad la que, en principio y a pesar de su relativamente reciente redescubrimiento como objeto de interés científico y político, nos asombra en su (in)finitud, en su prodigalidad vinculante y formal, y en la insistencia de su intensa apropiación. Precisamente, hemos constatado en esa diversidad una de las *evidencias* que, en su propia fragilidad, posibilitan la pervivencia, la persistencia y la permanencia del *común*. Por tanto, de Comunidad y Comunicación.

Dice Esposito (2005) que el término Comunidad deriva de *munus*, que significa "carga" o "deuda" que debe de intercambiarse entre individuos. *Munus* deriva a su vez de la raíz indoeuropea *mei* que significa "cambiar", "mover", "ir", y está relacionada con el intercambio de bienes y servicios. Pero, sin duda, el término puede y pudo completarse e, incluso, desvestirse de su original definición a lo largo del tiempo.

Por su parte, siguiendo la semántica que recorre la noción de Comunicación en las lenguas francesa e inglesa, Winkin (2005) apunta que en el siglo XIV se asimilaba a "participar en", muy próximo al sentido de *communicare*, en latín, que significaba "participar en común", "poner en relación", incluyendo la unión de los cuerpos. Anteriormente, siglos X-XII, Comunicación está próxima a los términos "comulgar" y "comunión". Desde el siglo XVI, Comunicar también viene a ser sinónimo de "practicar" y de "transmitir" (en el sentido de como actúa una enfermedad, por ejemplo). Pero, ya en el XVII, este concepto se superpone al de "participar" y "compartir". Del círculo se pasa al segmento, como dice Winkin (2005).

Comunidad y Comunicación son, a pesar de su robusta genealogía, términos escurridizos que se presentan y representan arriesgados e implicados en la incertidumbre y la ambigüedad de la contemporaneidad². Se comportan

¹ Marcelo Martínez Hermida, Carme Mayugo Majó y Ana Tamarit Rodríguez. Red Europa América Latina de Comunicación y Desarrollo (REAL_CODE)

² Apelando no sin rapidez a la fantología derridiana. Derrida (1998) describe la necesidad de "aprender a vivir" con los espectros para el ejercicio de la memoria y de la herencia. La fantología es un juego irónico que viene a desbaratar toda onto(teo)logía y viene a reivindicar cierto espíritu de Marx que ayude a descifrar el presente. Derrida (1998) irrumpe con su proposición en el horizonte actual de la democracia neoliberal, entre una intelectualidad que hace apología del fin de la historia y que presenta al capitalismo como única perspectiva social, económica y política.

igual que una gran parte del sistema de valores, de estructuras y de representaciones con las que comprendíamos la realidad social antes de que la constante evaporación, la mutación o la cesura actuales se instalaran como dominantes en el pensamiento y en la convivencia. Convocando a los fantasmas, sino del pasado, sobre todo del futuro.

Aunque intermitente en las emergencias del tiempo, el espíritu de *continuum*, si es que existiera tal, de esta correlación entre Comunidad y Comunicación se desliza ahora sobre aceleradas y convulsas "incomprensiones" de la realidad social. La capacidad para acometer sus interpretaciones, si contamos con la voluntad de explorarlas y describirlas, hemos buscado formularla a partir de las vivencias que se suceden en la experiencia real de sus investigadores y/o promotores, haciendo acopio de su potencial heurístico. Por tanto, la exploración sobre Comunidad y Comunicación (y sobre los procesos sociales que generan estos ámbitos) requiere una perspectiva compleja para que, además de intuirlos y tratar de explicarlos y comprenderlos, se garantice asimismo el compromiso con la investigación social y con el sinfín de agentes involucrados en ella.

La deuda con esta realidad social, aunque también, no se traduce sólo en tener en cuenta a partir de ahora (sino incluso antes de todo) la incorporación de los diferentes agentes de la sociedad civil como fuente viva³ para comprobar y validar la argumentación de las investigaciones. "*Pisar la calle*" no debería suponer únicamente un clásico ejercicio de observación y rastreo. En base a nuestra investigación, significa incluso comparecer al intercambio presente de la semejanza, en la diversidad, y al propósito del hacer y el vivir juntos, al convivir.

Resulta vital principiar, recuperar y restablecer la confianza de la producción científica con los movimientos, grupos, organizaciones sociales y comunidades que protagonizan medios y prácticas comunicativas, pero siempre desde una relación de equidad. En definitiva, nuestra investigación trata de emprender la tarea de compartir y comprender sus propuestas, responder a sus vivencias, participando *en y con* ellas, completando así la experiencia vital que conlleva la tarea investigadora en ciencias sociales.

Santos (2006: 16) centra el problema y un itinerario posible a emprender: "no es simplemente un conocimiento nuevo lo que necesitamos; necesitamos un nuevo modo de producción de conocimiento. No necesitamos alternativas, necesitamos un pensamiento alternativo de las alternativas". Nos involucramos en esta línea de acción desde la lectura que propone este autor portugués sobre las llamadas "epistemologías del Sur". La idea central que Santos (2006) persigue es que no hay justicia social global sin justicia cognitiva global; o sea, sin justicia entre los conocimientos.

500

La búsqueda de ese "pensamiento alternativo" o, de forma concreta, del repensar la correlación entre Comunidad y Comunicación pasa por determinar y definir este inexcusable compromiso desde un campo de intervención que conjugue Comunicación y Desarrollo. Con esta perspectiva como punto de partida y también de llegada, entendemos Desarrollo como un estigma. Es decir, desde la teoría crítica, nos apuntalamos en una lectura social de las políticas que tenga en cuenta los efectos de un "fantasma" que, durante muchas décadas, ha supuesto la laminación de sociedades y culturas por parte del pensamiento occidental y la incisión actual del neoliberalismo.

Como apuntan al respecto Gumucio Dagron y Tufte (2008) o Cimadevilla (2012), nos hemos propuesto tratar Comunidad y Comunicación con la idea de realizar una aproximación al concepto de Desarrollo que nos permita considerarlo también como un estigma. No podemos considerarlo únicamente como panacea, sino que también lo tomamos en cuenta como una práctica de dominación y de laminación cultural y social, o sea, una política reiterada que cuenta con una trayectoria histórica bien reconocible en la sociedad actual pero no del todo asumida en la teorización académica. Esta investigación asume así la trascendencia de la experiencia latinoamericana y, con ella, de las "epistemologías del Sur", tanto en su rica vivencia social como en la generación de conocimiento, de instrumentos validados y ecuanimes para el análisis del Desarrollo, sobre todo en cuanto a la relación que se establece entre Comunidad y Comunicación.

Medios y prácticas comunicativas como espejos de la comunidad

Conviene ahora significar las prácticas comunicativas atribuidas a las comunidades y, todavía, la comprensión de la propia Comunidad como Comunicación. Distanciándonos del enfoque que identifica la acción de la Comunidad en el terreno comunicativo sólo con el devenir de los "medios comunitarios", entendemos que el término Comunicación responde a una lectura mucho más amplia, en la línea que han expuesto autores como Orozco (1991, 2002) o Martín-Barbero (1987, 1990), entre otros. Orozco (2002) habla de la reproducción que realizan las personas sobre los referentes con los que actúan y, también, de los procesos estructurantes provenientes de diversas fuentes y que inciden en los procesos de comunicación.

Es posible leer esta visión más amplia de la imbricación que existe entre Comunidad y Comunicación desde la sociología de los usos que propugnaba De Certeau (2007). Nos sirve para profundizar en la libertad y autonomía de

³ Como explican los investigadores del GEAC y de la red REAL_CODE, Martínez Nicolás y Saperas Lapiedra (2011), en su ensayo "La investigación de la comunicación en España (1998-2007). Análisis de los artículos publicados en revistas científicas", cuando hablan de "pisar la calle", en justo equilibrio con la exploración documental, para dotar de credibilidad las propuestas científicas en la producción ensayística sobre Comunicación.

las personas y colectividades cuando producen construcción social en sus prácticas comunicativas, determinan qué usos otorgarles en cada momento, indagan en sus relaciones de pertenencia y convivencia, y contribuyen a una reelaboración constante de sus identidades. También se refieren a ella los presupuestos sobre la producción de procesos de ciudadanía que proponen, entre otras, Rodríguez (2001) o Alfaro (2000). Si bien para nombrar a estos medios de la comunidad, aquí utilizamos la terminología más comúnmente aceptada, no dejamos de tener en cuenta otras como, por ejemplo, la de "medios ciudadanos" que formula Rodríguez (2001). En concreto ésta nos sirve para incorporar a nuestro discurso otras acepciones interesantes. Se trata de una concepción que apunta a la dimensión más metodológica de los medios comunitarios, que determina la comunicación social como herramienta organizativa y como espacio privilegiado para la reestructuración constante del sistema de valores comunes (o no) y creencias compartidas (o no).

La enorme potencialidad de las múltiples conexiones existentes entre las prácticas de los diferentes agentes de comunicación comunitaria (sea mediante medios o experiencias) y las de la propia comunidad de referencia se fragua en entornos sociales muy sensibles. Ahí la intermediación de las acciones comunicativas colectivizadas, entendidas como herramientas erigidas por la comunidad, no tan sólo sirve para amplificar su capacidad de influencia o bien para dar una dimensión más pública a sus carencias y fortalezas. Además *común-nica* (es decir, interrelaciona sin mediaciones externas) las necesidades, expectativas y voluntades en el seno de cada comunidad (también hacia el exterior) o, si acaso, de parte del tejido *comunario* involucrado.

Atribuciones y competencias que apelan a la responsabilidad comunitaria y también a la propia existencia de las comunidades como tales se nombran, se hacen sustantivas mediante una serie de actos, momentos y lugares de comunicación que se conforman de manera socializada y autoorganizada. Así es como estas realidades, a través de una serie de individuos y/o colectivos que las conforman, consiguen reflexionarse a sí mismas, valorando o no la pertinencia de cada una de sus expresiones, calibrando su capacidad de reacción para desactivar estereotipos y reconstruir nuevas versiones de sí mismas, en un esfuerzo persistente que convoca a la permanencia de la comunidad.

Siguiendo a Santos (2006), cuando propone ese pensamiento "alternativo" de las alternativas, nos ha resultado pertinente apelar al enfoque múltiple que la diversidad nos puede proporcionar para describir diversos medios y prácticas comunicativas en Europa y América Latina, en países con recorridos históricos y situaciones políticas dispares pero su vez verdaderamente comunes, protagonizados por la comunidad. El análisis de nuestra investigación se ha basado en que el hecho de que la complejidad cultural es también la de la ciencia, que retoma su herencia racional de la propia cultura. Por tanto, la ciencia social occidental no deja de ser una ciencia entre otras ciencias sociales; de la misma manera que las formas comunitarias y su producción de voces y prácticas no sólo son occidentales.

La cuestión estriba en advertir la riqueza de tal pensamiento para la resolución de tensiones, y la aprehensión y comprensión de saberes, pero también para exigir y apoyar juntos, comunidades de una y otra parte, condiciones, marcos, políticas, ciencias, que permitan al cabo la dignidad y el reconocimiento de las existencias humanas. Dignidad, en el sentido que Salmerón (2007) relaciona, pero aquí reconducimos: la capacidad de todas las colectividades para dirigir su vida por principios. Por ello, la correlación Comunidad y Comunicación, antes que únicamente un instrumento de rebeldía (según situación y condiciones), la entendemos como herramienta de identidades y, sobre éstas, para abordar la justicia social como saber utópico.

En ese escenario, hemos buscado hacer emerger una reciprocidad entre Comunidad y Comunicación que proponga la comprensión mutua, y valores como la confianza en la creatividad y en la experiencia acumulada de las comunidades, a la hora de repensar y actuar en el intento por reconstruir las condiciones y activos de que disponen, y generar nuevas expectativas.

En su correlación, Comunidad y Comunicación no las tomamos únicamente como marco teórico, ámbito de investigación y términos "técnicos" de las disciplinas sociales y humanas. No nos centramos en concepciones que exigen un particular rigor científico, a menudo excesivamente comprometido con la percepción occidental de la realidad social. La concebimos más como parte integrante del repertorio discursivo y del rigor de la vida cotidiana de la sociedad civil. Por ello, la voluntad de su búsqueda y negociación se encuentra próxima a los asuntos centrales tanto de las disciplinas sociales y humanas como de la sociedad humana.

Comunidad y Comunicación: correlaciones y "diversidad"

Para de Marinis, Gatti e Irazuzta (2010), Comunidad es una palabra sensación y una palabra lucha. Sensación en cuanto se tambalean los referentes heredados de la cohabitación humana y se impone la definición de unos nuevos. Lucha en cuanto a invocación de lo que es imperativo hacer, de denuncia de lo que falta, escasea o se ha perdido, y de conjuro de los cuantiosos males existentes. A pesar de la claridad que pueda aportar, sobre la dinámica actual del concepto y su pragmática, una sociología particularmente beligerante con el término, desde la filosofía también se ha

intentado explicarlo con holgura. Y ello nos aporta nuevos trazos para concebir esa correlación entre Comunidad y Comunicación.

Así Lévinas (2002), desde la ontología del *Otro*, propone situar la Comunidad en el principio ético de *sujetos obligados mutuamente entre sí*. Desde esa "obligación", en la amplia panóptica de términos que despliega Comunidad y Comunicación, se establece también una correlación, muy familiar, alrededor de aquel *munus* o *cum munus* occidental que pudiera vincularlas. *Munus* que, como ya sabemos, viene a hablarnos de intercambio de deuda, de deberes, y de compartirlos desprendidamente.

De la misma manera que es una deuda, Esposito (2005) lo interpreta igualmente como un don, en tanto que permite ese intercambio desprendido del compromiso ante los semejantes. Es fácil identificar esta deuda en las sociedades rurales, en las que se compartía el calendario festivo y de trabajos en común y en el *común*, es decir, en lo que a todos y a nadie pertenece. Es un pensamiento "impropio", como diría Esposito (2005), que da cuenta de las posibilidades de una ontología del vivir-juntos sin fundamentarse en el "reconocimiento de los iguales", sino en la vocación por el *otro*, por el diferente.

Por tanto, de los compromisos que devienen, de una parte, en la organización de la participación de base y, de otra, en el intercambio mismo, es desde donde las voces y las prácticas comunicativas pueden tener lugar, donde pueden llegar a ser. Es ahí donde la Comunicación existe como comunidad, como lugar de interacción y espacio de encuentro. Es importante, para ello, tener en cuenta esa entrega a la comunidad que implica el "desprenderse", ya que no conlleva ninguna forma de reparto más allá de la satisfacción de compartir el estar en comunidad.

Por su parte, Nancy (2005) establece una crítica fisura entre su apuesta de Comunidad como co-estar extático y la interrupción de lo *común* a través del supuesto mito de la "comunidad perdida". Este mito funciona en el mundo occidental como motor que, desde la producción afectiva, memorística, nos otorga un referente de vida mejor, y nos permite confiar en las expectativas, operar en las decisiones e indeterminaciones del presente.

A nuestro entender, este mito occidental recupera el vínculo social y aún explica Comunidad como la trama (o trampa, que dice Nancy) que asocia o urde los repertorios sobre todo político, pero también social, técnico, cultural,... en la actividad humana real, e implica a la comunidad en ellos, a través de la creación y comunicación de expectativas de una vida mejor, aunque no de una buena vida, si nos atenemos a la totalidad del concepto que expresan otras culturas.

Tal como explica Tortosa (2009), el criterio de buena vida está presente en la cosmovisión de los pueblos suramericanos: el quichua ecuatoriano *Sumak Kawsay* (una vida no mejor, ni mejor que la de otros, ni en continuo desvivir por mejorarla) o en el aymara boliviano *Suma Qamaña*, que introduce el elemento comunitario, el "buen convivir" (la sociedad buena para todos, suficiente en su armonía interna).

Nótese la diferencia entre la promesa de vida mejor occidental y la visión suramericana: mientras la primera difiere a una expectativa que impele a *ser* en la vida, las segundas requieren del *estar*, es decir de la realización *con* el presente y el entorno, o, si se prefiere, "durante" la vida. Estas visiones tradicionales han sido retomadas también como alternativa al Desarrollo, tal como se apunta en Acosta y Martínez (2009) o bien como relaciona Cimadevilla (2012). En su artículo, Cimadevilla (2012) suscribe que el "estar" requiere espacios abiertos, ritmos naturales y amparo de la tierra. Se refiere al transcurrir del "mero estar" como modo de vida, en un claro compromiso con el "aquí y ahora". Por tanto, las formas y prácticas comunicativas que, en este ambiente, nacen de la comunidad se refieren siempre a necesidades y voluntades cotidianas, que incorporan incluso elementos de contemplación, búsqueda interior y silencio. Su sentido se asienta en una idea de permanencia, que va tomando concreciones distintas para construir y contar un destino común como Comunidad, entendida como punto de partida y parte al mismo tiempo.

Una de las *técnicas* más comunes, que siempre se ha valorado para aprehender la experiencia de las comunidades, está en los relatos que sus miembros comparten de la comunidad, en la comunidad, intentando comprender los hechos y el medio social en el que viven. Estos relatos de correlación, además de convocar y sacudir los fantasmas sociales, atender a los procesos de vida, a sus prácticas, y construir la expresión de sus voces, alientan la capacidad de las comunidades de traspasar de una perspectiva a otra (por ejemplo, de la política a la psicología, de la familia al análisis de la situación mundial, de la comunicación íntima al interés y uso de los medios,...). Cabe decir que relacionan y actualizan la vivencia comunitaria con otros diversos asuntos propios de su imaginación del mundo, de su imaginación sobre otras comunidades y haceres sociales.

Podemos interpretar que se produce así un intercambio y una asunción en los que están inscritos la comprensión, o no, de la diversidad, desde el reconocimiento de la heterogeneidad. Más allá de los límites de la propia comunidad, en la comunidad, se vinculan semejanzas y comparan los rasgos exóticos con el fin, entre muchos otros, de argumentar voces y prácticas propias o comunes, para asentar cierta racionalidad y vigencia de la obligación mutua, comunitaria.

Dejando de un lado la posibilidad que esto último se pudiera entender como un rasgo de diversidad, digamos de otra parte que, como orden comunicativo, Comunidad se repite y contagia. Se repite en su seno y nos contagia, difunde su identidad y nos vincula, como en esos relatos. Comunicación es el límite externo de Comunidad, en cuanto ente

inaprensible, y es, al tiempo, la articulación de sus singularidades que asumen su semejanza y construyen la esencia de Comunidad. La diversidad, en tanto que pluralidad y diferencia, es una experiencia común y definitoria tanto en el ámbito de Comunidad como en Comunicación. La Comunicación, podríamos decir, es o está por la existencia del Otro. Comunidad es y está porque se distingue y posiciona de Otras.

2. Relatos y descripción de las relaciones entre Comunidad y Comunicación

Nuestra investigación, a partir del registro y los relatos de la actividad de los llamados medios comunitarios y de estas y otras prácticas comunicativas, considera firmemente que los conceptos de Comunidad y Comunicación provienen de donde somos, de lo que somos o de lo que aguardamos ser o dónde estar. El ser en cuanto aprendemos, crecemos y accionamos una construcción social; el estar en cuanto convivimos y respetamos el propio espacio y a aquello y aquéllos que en él se encuentran.

Comunidad y Comunicación se refieren a lo que nos rodea y a aquello que conocemos y comprometemos con quienes nos rodean. Nuestras ideas e intereses sobre el quehacer y la organización social, sobre nuestras negociaciones cotidianas y sobre nuestras resistencias. Las comunidades emergen en nuestro trabajo comunicando sobre nuestros nombres, nuestras diversidades, nuestros lugares y nuestras relaciones con el entorno en América Latina y en Europa.

La investigación compila y organiza una serie muy diversa de visiones particulares y colectivas de investigadores, educadores y activistas de la comunicación que ejercen su labor en los entornos iberoamericano y europeo (Argentina, Chile, Uruguay, Ecuador, Bolivia, Colombia, Venezuela, Honduras, El Salvador, Guatemala, España, Portugal, Italia, Francia, Reino Unido, Eslovaquia, Hungría y Croacia) aportando una panóptica de periferias que nos acerca los haceres y saberes de iniciativas ciudadanas, de organizaciones e instituciones, a modo de registro y apunte de su potencialidad para transformar su presente.

Dividimos nuestra investigación en dos partes. En la primera, nuestra intención es mostrar algunos aspectos y valoraciones acerca de la relación entre Comunidad y Comunicación, también de la propuesta de que las comunidades organicen sus medios desde un proyecto político (de construcción social y cultural) y, finalmente, de la posibilidad de una convergencia de métodos entre la comunicación comunitaria y la educomunicación, mediante la creación audiovisual participativa. Aproximaciones teóricas que tienen vocación por acercarse a lo social, a cómo y para qué se organizan los flujos comunicativos que se erigen desde la base y que dan cuenta de diferentes fórmulas (siempre complementarias entre sí) para comunicar en comunidad.

503

La segunda parte aborda las experiencias y miradas desde las comunidades (la académica y la facilitadora de procesos, entre ellas), desde los medios y todo tipo de asociaciones, desde las prácticas colectivas y los usos de los medios para transformar, desde las interpretaciones del desarrollo, sus resistencias y el cambio social. Todas estas visiones que se inscriben en realidades geográficas, sociales, culturales y políticas muy dispares nos sirven para anunciar la presencia de una ciudadanía activa⁴ (entendida como dinámica constante y no como estatus que alcanzar) en permanente construcción de su ser y su estar de forma común. Una conceptualización muy rica en matices y acepciones que planteamos frente a la idea de la sociedad de consumo (incluso si está repleta de individuos *prosumidores*). En el plano comunicativo, esta sociedad se define por consumir los contenidos procedentes de los medios de comunicación hegemónicos e industrias culturales (y deportivas), desde fundamentos forjados para la dominación. Una perspectiva totalmente contraria a las posibilidades de correlación entre Comunidad y Comunicación.

Las razones de ser que otorgan sentido tanto a las emisiones de TV Naša en Košice (Eslovaquia) como de Árbol televisión participativa en Uruguay radican en la necesidad de que las comunidades se reconozcan en sí mismas para luego contarse para sí y hacia el exterior. También residen en las radios comunitarias de Guatemala, las radios mineras y las radios populares de Bolivia o bien en las radios altoparlantes en Minga por la Pachamama (Ecuador). Estas iniciativas se diferencian (incluso mucho) en métodos y modelos organizativos pero coinciden (también mucho) en motivaciones y objetivos. Sucede lo mismo entre y con las experiencias de corte más educomunicativo como Videocommunity en Turín (Italia), los micrófonos en la escuela del Bajo Lempa (El Salvador), la producción de narrativas audiovisuales en Buenos Aires (Argentina), los festivales de cine como herramienta de educación popular en muchas ciudades de Francia, los nuevos movimientos sociales de Chile o bien el proyecto Shake! protagonizado por jóvenes negros/as en Londres (Reino Unido).

Esta labor de comunicación comunitaria en un sentido amplio, siempre inscrita en el entorno cotidiano de convivencia pero abierta a otras realidades, es la que define un marco de acción común y un terreno de investigación enormemente rico en proyectos en marcha, y también en posibilidades presentes y futuras. Ya sea el caso de ViVe TV en Venezuela o las emisoras de radio comunitaria en Hungría, todas plantean condiciones de beligerancia y permanencia que les permitan seguir existiendo y estando ahí, que les aseguren continuar viviéndose y

⁴ En la línea que propone Clemencia Rodríguez (2001) en su conceptualización de “medios ciudadanos”.

supervivencia. Sucede que el contexto de actuación de Radio FilispiM de Ferrol (Galicia) es incluso semejante al de Radio Faluma Bimetu de la comunidad garifuna Triunfo de la Cruz (Honduras), en sus resistencias lingüísticas, culturales y políticas, a pesar de las distancias y el distanciamiento. Los actuales medios de comunicación local y regional de Portugal buscan que su acción “de proximidad” cuaje con las vivencias y los imaginarios de las personas que habitan en unos lugares de residencia concretos. Está por ver si son capaces de poner en marcha prácticas concretas de comunicación comunitaria y abrirse a la participación de los y las integrantes de esas comunidades. Comparten esa búsqueda de un anclaje de pertenencia con los relatos de los pobladores y pobladoras de Montes de María (Colombia), a pesar de que éstos se hallan frente a la urgencia de contrarrestar la irrupción de la violencia en sus propias carnes, y ello quizá los coloca en una necesidad de contarse mucho más apremiante.

Hay fuertes conexiones, puntos de confluencia y un sinfín de historias paralelas (a pesar del escaso conocimiento mutuo) que unen indisolublemente el *cine piquetero* de Argentina con el movimiento del videoactivismo en Croacia. Tanto la transversalidad de la acción comunicativa como la necesidad de coordinación entre voces y medios son dos características comunes en las estrategias de narrativa *transmedia* adoptadas por los estudiantes colombianos para organizar una movilización nacional contra la Ley 30 (una propuesta de reforma de la Educación Superior en Colombia), y en los proyectos de radio protagonizados por personas con problemas de salud mental que se inscriben en el conjunto de radios comunitarias del Estado español.

La variedad de interrelaciones que se manifiestan entre el cúmulo de experiencias comunicativas de la comunidad que conforma nuestro trabajo de campo es muy extensa, porque existen múltiples vías de conexión entre todas ellas y adoptan vinculaciones multiformes. Esta heterogeneidad del campo de análisis diseñado nos sirve para conocer mejor y también para profundizar en las relaciones entre Comunidad y Comunicación. Las prácticas comunicativas exploradas se nos aparecen como una multiplicidad de espacios de acción e intercambios, de urgencias sociales y de reflexividad que surgen de nuestro intento compartido de “pisar la calle”.

Así es como nos aparecen una serie de cuestiones en las que continuar indagando y produciendo investigación científica de acompañamiento: la ubicación de la comunidad en una diversidad de sociedades contemporáneas, los aprendizajes que se originan en proyectos educomunicativos de creación audiovisual protagonizados por la comunidad, la construcción de espacios comunales de intercomunicación desde las causas y los conflictos, y la compleja estructuración de procesos de ciudadanía y de comunidades desde una acción comunicativa. La presente investigación intenta resituar la variedad de escenarios, representaciones y reproducciones que se dan cita en la correlación entre Comunidad y Comunicación, con la aspiración de generar nuevas reacciones y visiones sobre este campo de estudio. Hemos realizado una primera incursión abierta para que luego cada cual, desde la academia y/o el activismo comunicativo y/o la comunidad, explore, compare y construya sus propias líneas de interpretación y reflexión. Nosotros proponemos algunas.

504

3. La comunidad como comunicadora: discursos y canales

La pervivencia de una comunidad como tal depende, en buena medida, de su capacidad para vehicular sus propios discursos, generar diálogos en su interior y hacia el exterior, y difundir sus propias maneras de comprender el mundo utilizando diferentes canales y formas de comunicación. En este sentido, una de las esencias de toda comunidad es *ser comunicadora*. Su existencia y sobre todo su persistencia como tal dependen de que pueda ejercer esa función de poner en común, de contarse a sí misma, de construir sus propios relatos, de representarse como ella desee, de hacer llegar sus voces y sus miradas múltiples a su entorno y al mundo.

A diferencia de las agregaciones de tipo asociativo, las comunidades se definen por una multiplicidad de vínculos muy heterogéneos y complejos, lo que apoya la necesidad de reinventarlos y revivirlos continuamente, de compartirlos y comunicarlos para que sean efectivos, ejerzan su cometido intracomunitario y perpetúen su identificación desde el exterior. Según Kisnerman (1990), para la existencia de una comunidad es necesario un sentimiento ampliamente compartido que la conforme como tal. Este autor define una comunidad no como algo a priori sino como un proceso de construcción y lo que resulta de él. Es decir, lo que caracteriza a una comunidad es la interacción, la comunicación y también la *socioeducación*.

Las sociedades modernas y, más tarde, postmodernas de influencia occidentalizada tienden a menospreciar los espacios comunitarios para sustituirlos por espacios de tipo asociativo, los cuales suelen estar sujetos a una serie de intereses comunes y objetivos compartibles entre sus integrantes. A ello contribuye de forma evidente la expansión y hegemonía planetaria del modelo capitalista. Las clases consumidoras son mucho más identificables y controlables cuando responden a dinámicas por asociación que cuando son capaces también de actuar de forma comunitaria.

Como reacción de resistencia a ello y de persistencia, por parte de sectores sociales muy diversos surgen todo tipo de experiencias comunicativas de corte comunitario que incorporan múltiples creaciones audiovisuales o en otros formatos, recreaciones de lenguajes, fórmulas de expresión radicalmente nuevas, reinención de espacios de difusión y una utilización crecientemente *transmediática* de los soportes tecnológicos. Ahí radican los principios de la comunicación comunitaria: “Comunicar e interactuar integrando, en un plano de igualdad, todas las versiones,

discursos y relatos que emanan de todas las personas y colectivos que constituyen [la] base social” (Mayugo, 2011: 101). En definitiva, nos encontramos frente a un factor intrínseco a la comunidad, que se origina en la condición dialógica de la humanidad.

Uno de los retos que tiene planteados la comunidad como *comunicadora* es erigir y mantener formas de expresión, instrumentos, momentos y espacios que puedan ser suficientemente independientes y autogestionados para así determinar por su cuenta y riesgo (y luego también evaluar) cuáles son sus *necesidades* a realizar y en qué orden de prioridades. Para ello, precisa contar con medios de comunicación que estén anclados en el territorio y conectados orgánicamente al entorno, pero que no olviden sus conexiones en red. Se espera de ellos un trabajo transversal y multidisciplinar, interconectado tanto en el interior de la comunidad como hacia el exterior.

Si dispone de sus propios medios de comunicación, la sociedad (ya sea mediante individuos o colectivos) podrá significarse sin intermediaciones y autorepresentarse a sí misma. Ahí radica una concepción de la comunicación como bien común, o sea, como bien compartido y compartible. La propia comunidad nos aporta sus intentos de romper con las voces acalladas, las miradas dirigidas y los sinsentidos de una comunicación mediática que tiende sólo a concentrarse en manos de los poderes imperantes. Con sus propios medios, ejerce una acción que es a la vez propositiva y resistente, beligerante con sistema comunicativo y cultural hegemónico, y transformadora de actual contexto político y económico.

Una característica de esta comunicación comunitaria es: “formar parte de su entorno de referencia. Su capacidad de implicación no se calibra en base a los indicadores de un proyecto comunicativo y mucho menos publicitario. Se palpa en la estructura organizativa y sistema de producción que adopta cada medio. Luego esto revierte en sus contenidos. Originalmente, son iniciativas que emergen de un contexto concreto y se deben a él. Ambos respiran al unísono” (Mayugo, 2009: 1468). Está, por un lado, su pertenencia visceral y emocional a la comunidad y, por otro, su capacidad de permanente interconexión con su entorno. Ahí radica su credibilidad y su ética.

Para Rennie (2006) los medios comunitarios se ubican dentro de la sociedad civil, en una relación de pertenencia. Es ese vínculo de *propiedad* lo que les infunde la categoría de agentes necesarios para trabajar cuestiones como: las (re)vinculaciones con el entorno, el sentimiento de pertenencia, el conocimiento del territorio, etc. A ello añade Howley (2005) que su inscripción en lo local y lo cotidiano construye su significación frente a las dificultades de aprehender y comprender lo global. Estos medios captan, exponen y realzan el devenir ordinario de una comunidad y fortalecen su tejido vivo, para facilitar la construcción de una vida en común (Rennie, 2006). Devienen imprescindibles para la recuperación de la memoria colectiva, el intercambio generacional, la convivencia, la interculturalidad, la asunción de una perspectiva de género, etc.

No sólo los medios también todo tipo de experiencias, prácticas y situaciones de comunicación comunitaria revalorizan el entorno como lugar de aprendizaje y de enriquecimiento interpersonal. El pleno ejercicio comunicativo por parte de la comunidad introduce “la posibilidad de que la ciudadanía dialogue consigo misma donde vive su día a día y realiza sus experiencias significativas. Por tanto, edifica un espacio en el que actúa y construye compromiso político cotidiano para promover dinámicas de cambio” (Mayugo, 2011: 102).

Se trata de ejercer una práctica política cotidiana fundada en la participación concurrente del conjunto de individualidades e identidades colectivas que constituyen una sociedad cualquiera. Así es como cada comunidad puede detentar el control y, al tiempo, disfrutar de sus propias construcciones simbólicas, sus relatos y discursos, sus imaginarios, compartiendo visiones y versiones de la realidad entre distintas familias, vecindarios, amistades, generaciones, orígenes culturales, géneros, etc. Y todo ello sin olvidar la interacción en red con otras personas y colectivos sociales que se encuentren en otros lugares e inmersas en realidades que quizá difieran entre sí.

El ejercicio de la comunicación comunitaria transforma a los sujetos, porque pasan del aislamiento, la pasividad y el silencio a ejercer una subjetividad activa (Rodríguez, 2010: 7) que los encadena a sus pares, sus iguales, para así expresarse y representarse a sí mismos, sin más intermediaciones que las propias. Eligen y toman decisiones. Estas prácticas comunicativas sirven para construir refugios, espacios de *convivencialidad* que se activan “en términos de ser” y no de tener (concepto ligado a la productividad) (Illich, 1985: 17). Son capaces de modificar el mundo y su entorno de referencia con las acciones (llenas de intencionalidad) de quienes participan, porque producen sus propios contenidos, se expresan, toman decisiones sobre cómo representarse, organizan sus modos de difusión, interactúan con sus públicos, etc.

“La herramienta es convivencial en la medida en que cada uno puede utilizarla sin dificultad, tan frecuente o raramente como él lo desee, y para los fines que él mismo determine. El uso que cada cual haga de ella no invade la libertad del otro para hacer lo mismo” (Illich, 1985: 18). Toman fuerza ahí tres rasgos de los medios comunitarios que señala Rodríguez (2010): la palabra como poder y la acción narrativa como transformación, la capacidad de escucha y la *performatividad*. Por un lado, está la fuerza interna y compatible que reside en la elaboración y la verbalización de relatos propios, para luego difundirlos y autogestionarlos como instrumentos para el cambio y la justicia social. Por otro, aparece la empatía colectiva y el sentir en la propia piel las narraciones de los demás, la capacidad de fundirnos en uno solo y de comprendernos. Finalmente, no es lo mismo asistir a una representación que participar activamente en ella, por lo que la performance es un elemento clave de la acción comunicativa comunitaria.

Educomunicación y creación audiovisual participativa: procesos y productos

Las acciones pedagógicas y de dinamización que promueven la expresión audiovisual de distintos grupos y colectivos sociales sirven para desarrollar todas las posibilidades socioeducativas que residen en la construcción de miradas y visiones desde las propias experiencias de vida. Así surge una gran multiplicidad de (auto)representaciones que resultan muy útiles para enriquecer la cosmovisión y las percepciones de cualquier sociedad sobre sí misma y el mundo que la rodea. Aflora un reconocimiento del abanico de (inter)subjetividades que convive en una comunidad, se reconstruyen identidades, se produce una revaloración de quiénes somos (autoestima), y emerge mayor comprensión sobre *nosotras* mismas y las *demás*. La educomunicación, promoviendo la creación audiovisual participativa, enlaza con la idea de la comunidad *comunicadora* y, al tiempo, atiende las necesidades socioeducativas que se plantean en los territorios.

Jóvenes aprenden a narrar audiovisualmente y realizan producciones sobre su barrio que les conectan con otros colectivos sociales⁵; mujeres de distintas edades y procedencias constituyen un grupo desde el que se forman en expresión radiofónica y preparan un programa de radio quincenal con perspectiva de género⁶; un proceso participativo de siete grupos de jóvenes sirve para crear colectivamente un documental sobre cuestiones de pertenencia e identidad, o bien sobre la historia reciente de un municipio por parte de un grupo motor⁷; y así en un largo etcétera de situaciones. Estas experiencias construyen espacios *convivenciales* (Illich, 1985) pero también plataformas comunicativas que acaban convirtiéndose en *lugares de encuentro*. Ello las entronca, de raíz, con la comunicación comunitaria.

Además de una toma de decisiones compartida en las fases del proceso de producción audiovisual, las dinámicas participativas se extienden a: diagnóstico, diseño del proyecto, metodologías, evaluación, difusión y reversión a la comunidad, etc. Son experiencias basadas en un aprendizaje experimental y significativo de la producción audiovisual. El acompañamiento reflexivo de este tipo de procesos creativo-expresivos constituye una gran despensa de aprender haciendo. En cada iniciativa existe un conocimiento de cómo acompañar a personas y colectivos sociales en sus procesos de: formación en creación audiovisual, participación y toma de decisiones, y dinamización comunitaria explorando la creatividad. Se parte de una inmersión conjunta a lo que cada individuo y/o grupo desee contar y comunicar a su comunidad, y también al exterior.

En las iniciativas educomunicativas se produce una profunda interacción de factores comunicativos y socioeducativos que se retroalimentan entre sí. En base al principio de *prealimentación* de Kaplún (1998), educación y comunicación se conjugan hasta confundirse en un solo concepto de doble vía. Si bien la propuesta de qué contar y cómo contarlo puede ser provocada por una o diversas personas que actúan como facilitadoras, su labor es tanto desaparecer progresivamente como saber modificar sus objetivos iniciales a medida que el grupo va tomando la palabra y erigiendo sus miradas. Decidir qué relatar y cómo tratarlo audiovisualmente tiene que encontrarlo la propia comunidad, el grupo participante.

En un acompañamiento educomunicativo, conviene actuar como agente activador en lugar de realizador, tratando de aportar sobre lenguajes y canales pero mínimamente sobre discursos. Ello significa facilitar que el espacio grupal funcione y la inscripción individual se ancle, utilizando metodologías de organización y aprendizaje tanto de tipo cooperativo como colaborativas que resulten idóneas en la dinamización de un proceso participativo de creación audiovisual. Hay una acción directiva pero que no se sitúa en un estadio superior, sino en un espacio complementario al que juega el grupo: se ejerce de co-impulsor-organizador del proceso pero sin asumir responsabilidad editorial de la producción resultante. Así se va planteando: cuáles podrían ser los usos de los lenguajes, qué formas de expresión funcionarían y para qué, qué soportes tecnológicos convendría elegir, qué dinámicas de trabajo en común habría que promover, etc.

Las experiencias que se modelan con un planteamiento educomunicativo pero que, al tiempo, se inscriben dentro de las prácticas de comunicación comunitaria encuentran su razón de ser en cómo se llevan a cabo y qué sucede durante los procesos creativos, pero también en los discursos y formatos de las producciones resultantes. Las dinámicas de significación personal y colectiva de un proyecto participativo se originan en la fase de concepción pero se van alimentando en cada etapa del proceso de producción, hasta llegar a la difusión: ya sea en una acción de retorno a la comunidad de referencia o bien de conexión con otros públicos.

Las cuestiones que se abordan en estas experiencias educomunicativas como, por ejemplo: la búsqueda e interpretación de informaciones y recursos diversos, la expresión autónoma, la relación dialógica, la comunicación interpersonal, la creatividad en distintos soportes y lenguajes a su vez combinables, el aprender haciendo con otras

⁵ Proyectos El Sud Sona en Sabadell (blog: <http://elsudsona.wordpress.com/> y web: <http://elsudsona.org/>) y Joves, Identitat i Creació bajo la iniciativa Lab id IN [Laboratori d'identitats IN; interessant, introspectiu, inofensiu, incomprensiu!!!] en el barrio Besòs de Barcelona (blog: <http://vayavideosbarribesos.wordpress.com/>).

⁶ Iniciativa llamada Dones Reporteres de Mataró (blogs: <http://donesreporteresdemataro.blogspot.com.es/> y <http://historiesdedones.blogspot.com.es/>).

⁷ Fills i filles en 7 municipis catalanes (blog: http://www.teleduca.org/documental_participatiu/), La Llagosta: vides i camins (trailer: <https://vimeo.com/20107780>) o bien Perfèries'79 en Sant Boi de Llobregat (blog: <http://periferies79.wordpress.com/>).

personas, el trabajo en grupo, la cooperación y colaboración, la adquisición de valores compartidos, las conexiones en red con otras realidades, el trabajo de las emociones, etc. constituyen elementos clave para lograr un desarrollo a escala humana de nuestras sociedades (sobre todo de las occidentales o occidentalizadas e inmersas en el sistema capitalista). La educomunicación de dinamización comunitaria y para el cambio social acerca a personas y colectivos a la producción audiovisual participativa para gestionar y atender sus necesidades socioeducativas, y también para tratar aspectos psicosociales, culturales y sociopolíticos de la comunidad.

Esta dimensión concurrente entre la educomunicación y todo tipo de experiencias de comunicación comunitaria demanda estructurar una mayor y mejor interconexión entre ambas disciplinas y líneas de trabajo, de por sí complementarias. En conjunto, una y otra abren paso a campos de experimentación y vías de refuerzo fruto de acciones tan sencillas como la creación audiovisual participativa, pero con un enorme potencial de trabajo interdisciplinar, promoción socioeducativa desde la base social y significación del quehacer cotidiano de la sociedad.

Los procesos y productos que surgen de la creación audiovisual participativa actúan como amplificadores de carácter simbólico y se erigen en herramientas emancipadoras de las capacidades y habilidades comunicativas y socioeducativas de los individuos y colectivos participantes. Además, les reconectan no sólo con sus comunidades sino con otros equipos que desarrollan proyectos similares y con otros públicos, incluso de forma global. Como los discursos de unas y otras prácticas se originan desde la base, conectan muy directamente con las necesidades, los deseos, las inquietudes, las expectativas, los retos, etc. de las comunidades, sea donde sea que se encuentren.

El efecto de audiovisibilidad de la comunidad

En la actualidad, el ejercicio de la *audiovisibilidad* viene casi a sustituir la capacidad de visibilidad de una comunidad, como habilidad autónoma de expresión y representación. Este concepto sirve para enfatizar la trascendencia de las narrativas audiovisuales en el hecho de ser y estar en el mundo, de contarse hacia dentro y también hacia afuera. Para ello, es importante que las sociedades puedan disponer de un sistema socioeducativo y un sistema comunicativo que incorporen tanto la educomunicación como comunicación comunitaria. Así cuentan con sus propios modos de significación social, su organización independiente de discursos, y su gestión de procesos comunicativos y socioeducativos.

La incidencia sobre personas y colectivos sociales de los medios de comunicación hegemónicos, las industrias culturales y las tecnologías informacionales y relacionales ha crecido exponencialmente en los últimos veinticinco años. En paralelo, sobre todo en el mundo occidentalizado, se ha ido desarrollando Internet como espacio de acceso *libre* y cabida ilimitada para realizar difusiones masivas de todo tipo. Destaca especialmente la profusión de contenidos audiovisuales de autoproducción a través de esta red global. Pero todavía no se han conseguido construir (de forma generalizada y suficientemente sistematizada) circuitos estables para que estos *otros relatos* que surgen de la sociedad dispongan de sus propios espacios de interacción con el público, se interrelacionen entre ellos, sirvan para posicionar a la comunidad y propulsen vías de transformación social.

Tomando la idea de Kaplún (1998), se trataría de edificar, desde la base, una “CAJA DE RESONANCIA” para que cada comunidad genere sus propias situaciones, prácticas y experiencias comunicativas y socioeducativas fundadas en el diálogo, la asertividad, la performance, la participación y la empatía social. Originados en la cotidianidad para ofrecer una contextualización y comprensión de la realidad por parte de la propia comunidad, los proyectos de creación audiovisual participativa que promueven la educomunicación y comunicación comunitaria devienen una plataforma de lanzamiento idónea. Estas dinámicas abren muchas posibilidades para contrarrestar el *mainstreaming* mediático y cultural, y bien coordinadas pueden entrar en concurrencia e incluso ser competitivas con los discursos hegemónicos.

Nos referimos a un proceso amplio y abierto que fomente la plena *audiovisibilidad* de la comunidad, o sea, la creación de una “plataforma horizontal y colaborativa en la que se recojan las expectativas y necesidades comunicativas latentes en la sociedad, y, a partir de ahí, se trabaje para llevar a cabo propuestas, proyectos, intervenciones, acciones, etc. tanto individual como colectivamente” (Mayugo, 2006: 46). Ello significa romper de cuajo con el monopolio de la *democracia representativa* y el sistema de partidos políticos en la toma de decisiones sobre qué políticas públicas son las más necesarias y deberían llevarse a cabo. Se trata de entender la democracia como trabajo (Heller, 1996), acto de corresponsabilidad y compromiso compartido, y propulsar una concertación que aflore la gran cantidad de potencialidades, capacidades y habilidades comunicativas y socioeducativas que tiene la sociedad.

Ahí podría irrumpir con fuerza el *efecto de audiovisibilidad* que contienen los proyectos de creación audiovisual participativa. Este efecto se basa en los impulsos y la sabiduría de autoexpresión, autorepresentación y significación social que detenta toda comunidad, evitando mediaciones externas. Pero sólo puede emerger cuando existe la firme decisión de (al menos) una parte de la base social para articular una estrategia (por ejemplo, la creación de un medio comunitario, etc.) y desarrollar una serie de tácticas (por ejemplo, actividades educomunicativas para los colectivos sociales e individuos que la componen, etc.) que resulten operativas, efectivas y útiles para tomar las riendas de sus

propios flujos, relatos y discursos audiovisuales. Mínimamente estructurada, esta dinámica va a posibilitar que esa comunidad edifique una retahíla de enfoques y perspectivas sobre sí misma, y va a ayudarla a encontrar vías para proyectarlo interna y externamente.

Para generar el *efecto de audiovisibilidad* es clave una acción concertada entre educomunicación y comunicación comunitaria. Ello implica reconocerse una a otra, ver qué espacios de encuentro social construyen juntas, y explorar conjuntamente todas las posibilidades que les deparan los procesos de creación audiovisual participativa. Estos proyectos de producción y autoría colectiva conforman un lugar idóneo para buscar consensos, abrir diálogos, elevar críticas, establecer debates, mantener discusiones, intercambiar puntos de vista, y, en definitiva, generar puntos de encuentro y también de desencuentro. Además, no hay que olvidar ni obviar “las experiencias individuales y colectivas de autoproducción audiovisual” (Mayugo, 2006: 46). Aunque parezca que no guardan relación alguna con el sentimiento de identidad comunitaria y de pertenencia a una comunidad concreta, siempre emergen de una necesidad expresiva, comunicativa y representacional (e incluso lúdica) que debería ser tenida en cuenta.

La creación audiovisual participativa es un instrumento idóneo, como vivencia pero también como experiencia capacitadora, para promover una profunda retroalimentación entre los sujetos y las estructuras de base que hay en una comunidad. Desde el aprender haciendo (y también equivocándose), la toma de decisiones horizontal y el trabajo en equipo, se originan producciones intersubjetivas y repletas de distintas visiones sobre la realidad social. En estos procesos creativos no sólo es importante edificar un discurso común sino cómo se llegado hasta él: aprendizaje cooperativo, dinámicas colaborativas, juego de roles, puesta en escena, etc.

Ahí se pone de manifiesto cómo los individuos y colectivos de base pueden tomar conciencia y dirigir su poder expresivo-reflexivo-transformador, al utilizar la creación audiovisual como una herramienta más para la emancipación, el desarrollo a escala humana y el cambio social. Ello puede ayudarles a no depositar toda su confianza en los poderes públicos e instituciones, y a ejercer una acción política más comprometida y más vigilante. Por tanto, la creación audiovisual participativa va abonando el terreno para que el *efecto de audiovisibilidad* emerja con fuerza y cada comunidad lo llegue a construir a su medida.

Comunidades comunicativa y socioeducativamente activas y comprometidas

El marco comunitario resulta de todo fundamental para activar potencialidades desde la base (Mayugo, Pérez y Ricart, 2004: 34). Es la dimensión que posibilita la recuperación del espacio público, en la que se erigen y gestionan las identidades múltiples, se crea un sentimiento de pertenencia que pueda contemplar la interculturalidad, se puede trabajar la equidad y huir del lastre de la fragmentación social, etc. No hace falta promover la cohesión social si se producen interacciones e interrelaciones de base que sean sólidas y resulten enriquecedoras para todos y todas. Es básico “recuperar el vínculo comunitario para poder recobrar la vertiente afectiva en nuestras relaciones” (Mayugo, Pérez y Ricart, 2004: 34). Para toda comunidad es clave establecer primero y luego consolidar unos lazos que la remitan a la existencia de un proyecto común de convivencia.

En el diseño y la estructuración de este proyecto de vida, es necesario contar con la implicación directa y comprometida de las personas y colectivos sociales que forman una comunidad. Para ello, sus capacidades y habilidades de expresión, creación de discursos propios y diálogo deben verse fortalecidas y potenciadas. Sólo así podrá llegar a erigir un espacio comunicativo que le pertenezca. Nos referimos a un sistema comunicativo que contemple la posibilidad de producción e intercambio constante de significados entre los y las integrantes de cada comunidad.

Hablamos de fijar la mirada en las personas y grupos sociales, en sus interacciones y procesos vitales, culturales, sociopolíticos y económicos. Este plan permite diseñar un marco de acción comunicativa que sea permeable a las voluntades e intereses de la base social, que se conforme de manera dinámica y cambiante, que parta de la interconexión de experiencias vividas, el intercambio de saberes y la necesaria construcción de redes entre agentes. Todo ello se construye con procesos de diálogo, acciones comunicativas entendidas como posibilidad de crecimiento personal y colectivo, y la promoción de una educación liberalizadora en el sentido que, entre otros, postula Freire (1980).

Al compartir proyectos de creación audiovisual participativa, “la comunicación comunitaria genera espacios de *convivencialidad* y la educomunicación se focaliza más en la construcción de relatos colectivos que favorezcan esa *convivencialidad*” (Mayugo, 2011: 113). La comunidad deviene un motor de generación de bienestar y vida en común. Establece códigos compartidos e interrelaciona imaginarios en la articulación de su sentido de colectividad. Nutre a sus integrantes de ricas experiencias de aprendizaje significativo, detecta aquellas necesidades cambiantes que se (re)producen en su seno y se siente capaz de edificar nuevas oportunidades sociopolíticas y económicas que la activen desde dentro, para adentro y hacia el exterior.

Desde una acción conjunta, comunicación comunitaria y educomunicación proponen un cambio agencial en los ritos que tiene preestablecidos la democracia representativa. Recuerdan que en la comunidad radica el origen y sentido de una acción comunicativa que la contemple como protagonista absoluta de sus propios procesos de emancipación

social y de crecimiento colectivo. Evidencian cómo toda intervención socioeducativa debería partir de los intereses y expectativas de las personas y colectivos sociales que la protagonizan para acompañarles hasta donde deseen llegar. Por tanto, una y otra “se sitúan frente al reto de elaborar sus propias estrategias y tácticas” de significación social, “con el objetivo de construir un marco de actuación política, comunicativa y socioeducativa que les sea propio” (Mayugo, 2011: 114).

4. Comunicación participativa y medios comunitarios

La Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 proporcionó un fundamento jurídico para orientar las expectativas de una sociedad. Aunque somos conscientes de que la manifestación en sí misma no es garantía suficiente para su cumplimiento, sí nos sirve como punto de partida. En la Declaración Universal se reconoce, por tanto, el derecho de información y comunicación. Se trata de un derecho de cuarta generación, es decir, se sitúa en un contexto caracterizado por la Globalización y la Sociedad de la Información y el Conocimiento, y contempla como sujeto político al ciudadano poseedor de derechos y obligaciones. Para la comunicóloga Olga del Río, “el acceso a la información y a la comunicación resulta crucial para una *participación activa* de la ciudadanía y de sus expresiones organizadas, condición indispensable a su vez para el ejercicio de los derechos humanos” (del Río, 2009), entendiendo comunicación como un proceso que incluye el uso de la información para que cada cual exprese su punto de vista, participe en los procesos democráticos y establezca prioridades de acción.

Atendiendo a la importancia del derecho de comunicación, surge la cuestión de cuál es el medio más idóneo para ejercerlo (de forma recíproca e interactiva) y así suscitar el debate público. Los medios comunitarios se construyen como el escenario ideal para el debate y la deliberación de las personas de una comunidad. Escenario ideal que contraponemos al espacio de debate público que se logra a través de las empresas de información.

La razón que nos lleva a identificar a los medios comunitarios como herramienta sustancial para el desarrollo de la comunicación es, principalmente, su carácter participativo. Es decir, los medios comunitarios, por sus características, propician el espacio y la estructuración necesaria para una comunicación participativa, al menos teóricamente.

Antes de ilustrar nuestra premisa con la definición y descripción de los medios comunitarios, matizaremos qué entendemos por comunicación participativa. Sólo así podremos comprender el alcance de nuestro objeto de estudio. La comunicación participativa es aquella que proyecta en su formato una igualdad de intervención por parte de los y las participantes, o sea, emisor y receptor intercambian constantemente sus papeles. Además, el contenido de lo que se comunica ha de ser de interés común, social o comunitario, de tal forma que sean los y las participantes quienes decidan el guión, dando la visión que prefieran de sí mismos/as y abordando los asuntos de una forma que les resulte convincente.

De manera más sencilla, la comunicación participativa se construye de forma circular. La totalidad de participantes que se implican en el proceso comunicativo aporta planteamientos y soluciones de manera que, al tratar de responder a un interés común, llega a conformarse en un sujeto colectivo más allá del interés individual. Propicia, en definitiva, la interrelación entre comunicantes, dando coherencia e identidad al grupo.

Los medios comunitarios surgen, entre otras razones, para proveer a la comunidad de *otra* información (en tanto que suponen una perspectiva diferente a la proporcionada por otro tipo de medios), que les permita dotarse de argumentos para la negociación, la concienciación, la movilización y, por último, para llevar a cabo una acción que, lejos de complementar a las instituciones, las contrarreste si fuera necesario.

Para comprender mejor la estructura de los medios de comunicación comunitarios, pasamos a observar cuatro aspectos. La propiedad del medio pertenece a la comunidad (es de la comunidad), lo que supone facilidad para acceder a los recursos de la emisora. Además, se debate y deciden los contenidos, la programación y los temas de los que quieren hablar. De tal manera que, en el proceso de elaboración de contenidos y en los contenidos mismos, se reconstruye la imagen de la comunidad (como ella misma desee) y sus integrantes se reconocen en los relatos que elaboran.

La organización de cada medio comunitario es horizontal y permite que exista una igualdad entre emisor y receptor, favoreciendo a su vez el intercambio de papeles y de argumentos, en parte ayudado por la estructura reducida de su comunidad de referencia. Finalmente, el objetivo de estos medios es fortalecer la comunidad, tomar conciencia de sus problemas y buscar soluciones, siempre de forma colectiva y sin ánimo de lucro. Por todo ello, entendemos que es a través de estos medios cómo se crea el espacio idóneo para la existencia de un debate reflexivo y colectivo y, por tanto, una comunicación participativa.

Tal como demuestra nuestra investigación, hay miles de historias creativas y complejas, algunas pequeñas y otras de renombre, historias fascinantes de debates y entretenimiento a través de las cuales la comunidad busca reconocerse (y, en el mejor de los casos, se encuentra y reconoce). Emisoras de radio, periódicos, televisiones, cine, performances, prácticas educomunicativas y nuevos medios comunitarios que, en su recorrido, se afanan en crear un lugar común de encuentro.

La radio comunitaria como proyecto político-cultural

Cuando afirmamos que la radio comunitaria se construye básicamente como proyecto político queremos establecer, en primer lugar, un elemento que la diferencie de otro tipo de radio. Entendemos proyecto político como un conjunto de estrategias que pueden permitir llegar a la construcción de nuevas realidades y/o a la transformación del espacio público.

Pero para entender esta idea (la radio comunitaria como proyecto político), debemos hacer un repaso no sólo de la idea de proyecto político sino, también, de los sujetos en virtud de los cuales se pone en marcha.

Para ello partiremos de la base que Charles Tilly (1998) nos proporciona a lo largo de su sociología del conflicto. Para este autor, todo conflicto es político en tanto que proyecta la tendencia (dentro y fuera del ámbito público) a una lucha por el poder (este poder puede ser entendido en términos gubernamentales, estatales, ideológicos, o bien en términos de propiedad de los recursos, etc.). Así pues, podemos identificar a dos sujetos sustanciales dentro del conflicto, a los que denominaremos *alter* y *ego*. Ambos sujetos se definen en virtud de su relación con el poder, es decir, con la propiedad y el control de los medios de producción (ya sea industrial, ideológica, etc.). Ahí es donde *ego* es el sujeto que posee el control de dichos medios y *alter* es el sujeto (comunidad) dominado (Rex, 1985).

Una vez identificados y definidos los sujetos o actores del proyecto político, es importante describir, brevemente y en términos generales, cuál es la dinámica de funcionamiento. Cuando *ego*, a través del uso de su control de los medios, construye un sistema que se perpetúa a sí mismo (esto es, que el sujeto subordinado asimile el discurso), *alter* toma conciencia de su situación y evalúa si sus expectativas se cumplen o pueden cumplirse dentro de dicho sistema. La aceptación del marco normativo, la propia motivación del sujeto para el cumplimiento del mismo, es decir, la relación de la comunidad con las normas establecidas, dependerá del equilibrio de poder que perciba en la situación. Si las expectativas de *alter* no se cumplen, el sujeto subordinado tomará conciencia de su situación y construirá, para empezar, una resistencia (Goffman, 1970) que se basará, principalmente, en la creación de una cultura disidente y que se traducirá, más adelante, en la elaboración (implícita o explícitamente) de una crítica a la dominación.

En este marco teórico, surge nuestra propuesta. La radio comunitaria como proyecto político. Consciente (en mayor o menor medida) de su situación de dominación, el colectivo social se apropia de un medio de comunicación a través del que pretende hacer frente a las dinámicas propias del poder. Las radios comunitarias aparecen como una herramienta para que una comunidad determinada pueda resistir a la política dominante, siempre que ésta no responda a las pretensiones y expectativas de esa comunidad. El caso más paradigmático, por ejemplo, fueron las radios mineras de Bolivia, que fueron “independientes, autogestionadas, autofinanciadas y sirvieron de manera consecutiva los intereses no solamente de los trabajadores sino de la sociedad boliviana en su conjunto” (Gumucio Dagron, 2001).

Entendemos el concepto de radio comunitaria como proyecto político en tanto que su origen requiere una forma de entender la comunicación diferente de la comunicación de las radios públicas y privadas comerciales. Una forma diferente de ver el mundo, y una voluntad colectiva de identificar problemas y afrontar una serie de cambios que llevar a cabo a través de la comunicación. La radio comunitaria, entonces, se construye como espacio de deliberación común. Por ejemplo, en el caso de la emisora *La voz del minero*, los trabajadores de la mina organizados en comunidad crean (con el objetivo de organizarse frente al gobierno y el sistema económico imperante) una radio comunitaria. Nace, por tanto, como proyecto político. Este marco que venimos describiendo puede proyectarse sobre las radios comunitarias de tinte indigenista o sobre las radios europeas que surgen como alternativa a la información de los medios hegemónicos.

El siguiente planteamiento que proponemos es cómo se proyecta esta dimensión política en la propia estructura de la radio comunitaria. Si bien hemos hablado de la importancia de los objetivos de la comunidad que dan origen a esa radio, consideramos que no es el único elemento a analizar y que, por tanto, hay otros que determinan el carácter comunitario de la radio. Identificamos la dimensión política inherente en una radio comunitaria cuando su estructura organizativa presenta una perspectiva horizontal y colectiva. Es decir, en ella emisor y receptor intercambian indistintamente sus papeles. Atendiendo al ejemplo boliviano, los mineros no sólo se hacen cargo del contenido de los informativos de la emisora sino que éstos también van dirigidos a ellos mismos. Este carácter de horizontalidad es, principalmente, un elemento que aporta una enorme coherencia al proyecto. Le posibilita distanciarse de los métodos de producción de la información dominantes, pues en las radios oficiales sigue una estructura jerárquica, vertical y comercial (o institucional). En ellas, el emisor elige, de forma interesada, la programación que va a ofrecer al receptor.

La comunidad, en definitiva, decide lo que quiere escuchar y lo que quiere contar. La importancia que le damos a este proceso de construcción no es inocente. Las radios comunitarias nacen en virtud de su relación con el poder. La comunidad se apropia del medio y lo construye con una planificación económica diferenciada: no existe ánimo de lucro y, si bien hay radios comunitarias que subsisten con financiaciones externas u otro tipo de subvenciones, la idea imperante establece que sea la propia comunidad la que autofinancie su proyecto.

Finalmente, el último elemento diferenciador que hace de la radio comunitaria un proyecto político es su carácter normativo: generalmente no poseen una frecuencia radioeléctrica (en la mayoría de los casos) y pelean en términos de desigualdad con las emisoras públicas y privadas comerciales en el momento de concurrir para la adquisición de una frecuencia.

Por tanto, las radios autodenominadas comunitarias pero que no llegan a poseer un proyecto político (o sea, una resistencia implícita o explícita al sistema hegemónico) no podrían entrar en esta categoría. Si acaso, son radios de gestión asociativa pero que suelen repetir las rutinas, las formas organizativas y los contenidos habituales de los medios de información hegemónicos que pretenden combatir las radios comunitarias.

A pesar de que existen miles de emisoras comunitarias repartidas por todos los continentes, su desarrollo no es ajeno a numerosas complicaciones, lo que hace mucho más difícil su existencia y su consolidación como un proyecto político. Entre sus debilidades, hay dos que nos parecen importantes: la indefensión jurídica que tienen estas emisoras, en primer lugar, y la precariedad económica que padecen, en segundo.

No obstante, ambas debilidades están íntimamente relacionadas. En numerosos países, las radios comunitarias sufren una indefensión jurídica. Es decir, no existe un marco legal definido que las reconozca y regule, hasta el punto que se hace frecuente la persecución y criminalización de estas emisoras, lo que dificulta y complica su integridad y funcionamiento.

En el mejor de los casos (cuando se las reconoce y regula) se les limita y se controla su acceso a fondos económicos y maneras de financiarse. De hecho, suelen ser emisoras a las que, como no tienen ánimo de lucro, se les restringe el uso de la publicidad.

Esta dimensión a la que hacemos referencia supone una debilidad para la radio comunitaria como medio, no sólo por sus condicionantes más técnicos sino por sus fuertes repercusiones en el ámbito de sus objetivos. Si una radio comunitaria recibe financiación externa, su proyecto político puede verse afectado en virtud de un interés privado.

Otras, las menos, han conseguido consolidarse económicamente. Las emisoras que mejor futuro presentan, desde un punto de vista económico, son las que están sustentadas y apoyadas económicamente por organizaciones de diferentes ámbitos o por los miembros de la comunidad.

Pero éstos no son los únicos riesgos. Las radios comunitarias padecen otro tipo de sombras: desde contar con una diversidad de objetivos que difícilmente se traducen en objetivos específicos hasta reflejar la debilidad de las propias comunidades en las que están inmersas. Colectividades con un frágil tejido activo y asociativo que dificulta (más que libera) que la radio sea una herramienta de la que se apropie la comunidad.

Frente a las debilidades se sitúan sus propias fortalezas. La radio comunitaria y asociativa más pequeña es capaz de conseguir alguna transformación. Desde dar voz a los que se mantienen en el silencio y no pueden acceder a los medios de comunicación de masas hasta participar en la sociedad con una visión crítica de lo establecido. Facilitan usar la lengua característica de la comunidad como expresión de su propia identidad y, en definitiva, se aproximan a desarrollar una voluntad para solucionar problemas comunes y cumplir expectativas compartidas.

Bibliografía

Acosta, Alberto y Martínez, Esperanza (comp.) (2009) *El Buen Vivir. Una vía para el desarrollo*. Santiago de Chile: Editorial Universidad Bolivariana.

Alfaro, Rosa María (2000) "Culturas populares y comunicación participativa: en la ruta de las redefiniciones". *Razón y Palabra*, 18 [Puesto en línea en febrero-abril de 2000. URL: <http://www.razonypalabra.org.mx/antiores/n18/18alfaro.html>. Consultado el 15 de octubre de 2012].

Cimadevilla, Gustavo (2012) "Entre dilemas y certezas. El desarrollo y su vía en América Latina", en M. Martínez y F. Sierra (coord.) *Comunicación y Desarrollo. Prácticas comunicativas y empoderamiento local*. Barcelona: Gedisa.

De Certeau, Michel (2007) *La invención de lo cotidiano, 1 Artes de Hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana-ITESO.

Del Río, Olga (2009) "TIC, derechos humanos y desarrollo: nuevos escenarios de la comunicación social". *Anàlisi*, 38, 55-69.

De Marinis, Pablo; Gatti, Gabriel y Irazuzta, Ignacio (2010) "La Comunidad: entre el surgimiento de <<lo viejo>> y la emergencia de <<lo nuevo>>", en P. de Marinis, G. Gatti y I. Irazuzta, (eds.) *La comunidad como pretexto. En torno al (re)surgimiento de las solidaridades comunitarias*. Rubí (Barcelona): Anthropos.

Derrida, Jacques (1998) *Espectros de Marx. El trabajo de la deuda, el trabajo del duelo y la Nueva Internacional*. Madrid: Trotta.

Esposito, Roberto (2005) *Inmunitas. Protección y negación de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Freire, Paulo (1980) *La educación como práctica de la libertad*. México D.F.: Siglo XXI.
- Goffman, Erving (1970). *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Gumucio Dagron, Alfonso y Tufte, Thomas (comp.) (2008) *Antología de comunicación para el cambio social: lecturas históricas y contemporáneas*. South Orange (NJ): Consorcio de Comunicación para el Cambio Social.
- Gumucio Dagron, Alfonso (2001) *Haciendo olas*. La Paz (Bolivia): Plural Editores.
- Heller, Agnes (1996) *Una revisión de la teoría de las necesidades*. Barcelona: Paidós.
- Howley, Kevin (ed.) (2009) *Understanding Community Media*. Thousand Oaks (CA): Sage Publications Inc.
- Illich, Iván (1985) *La convivencialidad*. México D.F.: Planeta [Puesto en línea el 1 de marzo de 2010. URL: <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n26/aiill.html>. Consultado el 15 de octubre de 2012]
- Kaplún, Mario (1998) *Una pedagogía de la comunicación*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- Kisnerman, Natalio (1990) *Comunidad*. Buenos Aires: Humanitas.
- Lévinas, Emmanuel (2002) *Totalidad e infinito*. Salamanca: Sígueme.
- Martín-Barbero, Jesús (1987) *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México D.F.: Gustavo Gili.
- Martín-Barbero, Jesús (1990) "De los medios a las prácticas". *La comunicación desde las prácticas sociales, Cuadernos del PROICOM, 1*. México D.F.: Universidad Iberoamericana.
- Martínez Nicolás, Manuel y Saperas Lapiedra, Enric (2011) "La investigación de la comunicación en España (1998-2007). Análisis de los artículos publicados en revistas científicas". *Revista Latina de Comunicación Social*, 66. La Laguna (Tenerife): Universidad de La Laguna, 101-129.
- Mayugo, Carme (2011) "Comunicación comunitaria y Educación en Comunicación: un estudio de casos para atender nuevas necesidades socioeducativas en el espacio local". Trabajo de Investigación Tutelado. Santiago de Compostela: USC.
- Mayugo, Carme (2009) "Encuentros y desencuentros entre comunicación local y necesidades socioeducativas". Actas del VII Congreso Internacional ULEPICC (Volumen 3), 1459-1474.
- Mayugo, Carme (2006) "La audiovisibilidad, territorio ciudadano para ejercer el derecho a la comunicación", en M. Martínez (ed.) *El Tercer Sector y el Audiovisual*. Santiago de Compostela: Foro da Cidadanía e da Comunicación, 39-48.
- Mayugo, Carme; Pérez, Xavier y Ricart, Marta (coord.) (2004) *Joves, creació i comunitat*. Finestra Oberta, 41, septiembre de 2004. Barcelona: Fundació Jaume Bofill.
- Nancy, Jean-Luc (2000) *La comunidad inoperante*. Santiago de Chile: Libros ARCÉS-LOM.
- Orozco, Guillermo (1991) "La mediación en juego: TV, cultura y audiencias". *Revista de Comunicación y Sociedad*, 10. Guadalajara (México): Universidad de Guadalajara.
- Orozco, Guillermo (2002) "Mediaciones tecnológicas y des-ordenamientos comunicacionales". *Signo y Pensamiento*, 21, Vol. XXI, julio-diciembre.
- Rennie, E. (2006). *Community Media: a global introduction*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield.
- Rex, John (1985) "Microsociología del conflicto", en J. Rex *El conflicto social*. Madrid: S. XXI.
- Rodríguez, C. (2010). "Tecnologías para nombrar al mundo. Procesos de apropiación y uso de las TICs" [Puesto en línea en abril de 2010. URL: http://www.portalcomunicacion.com/catunesco/download/2010_rodriguez_conferencia_uab.pdf Consultado el 15 de octubre de 2012]
- Rodríguez, Clemencia (2001) *Fissures in the mediascape. An international study of citizen's media*. Cresskill (NJ): Hampton Press.
- Salmerón, Fernando (2007) "Ética y diversidad cultural", en O. Guariglia (ed.) *Cuestiones morales*. Madrid: CSIC-Trotta.
- Santos, Boaventura de Sousa (2006) *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*. Buenos Aires: UBA-CLACSO Libros.

Tilly, Charles (1998) "Conflicto político y cambio social", en P. Ibarra y B. Tejerina (eds.) *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta.

Tortosa, José María (2009) "Sumak Kawsay, Suma Qamaña, Buen Vivir". *Nombres Propios – Fundación Carolina* [Puesto en línea el 10 de agosto de 2009. URL:

<http://www.fundacioncarolina.es/es-ES/nombrespropios/Documents/NPTortosa0908.pdf>. Consultado el 15 de octubre de 2012].

Winkin, Yves (2005) "El telégrafo y la orquesta", en G. Bateson, R. Birdwhistell, E. Goffman, E.T. Hall, D. Jackson, A. Schefflen, S. Sigman y P. Watzlawick *La nueva comunicación*. Barcelona: Kairós.